



EL DIAMANTE MÁS CARO
DEL MUNDO

Carlos Peña Vidal

EL DIAMANTE MÁS CARO
DEL MUNDO



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Peña Vidal

ISBN: 978-84-19595-40-9

ISBN digital: 978-84-19595-41-6

Depósito legal: M-29996-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a todos los seres del mundo.

El móvil, que no dejaba de vibrar en la mesilla, acabó por despertar a un agotado Lewis que se había pasado la noche entera de *pub* en *pub* buscando consuelo en el alcohol. Las luces de los locales y el torbellino de gente que siempre se aglomeraba a la entrada de estos lo hacían sentirse un madrileño más en busca de los incontables placeres nocturnos que solo una gran ciudad, como Madrid, reunía para todo aquel que tuviera algo de dinero y un peinado acorde a los gustos del portero, el cual, y según su criterio, calificaba a la persona como adecuada o inadecuada para regentar dicho *pub* o discoteca.

Pero ahora todo eso había pasado y el teléfono seguía vibrando en la pequeña mesita, donde reposaba también un libro a medio leer. En la portada, una nave espacial merodeaba alrededor de un planeta Tierra consumido por las llamas.

—Joder...

Lewis era americano, aunque se había pasado gran parte de su vida en España. Sus padres, que habían decidido llamarlo por lo que, para los españoles, era más un apellido que un nombre, eran ya tan solo un lejano recuerdo en la memoria.

El joven, que yacía tumbado boca arriba haciendo esfuerzos por respirar, sentía esa molesta e incómoda presión en la sien; presión que volvía a experimentar cada vez que se pasaba bebiendo y que lo hacía sentir como si la cabeza le fuera explotar por la frente.

«Esta es la última vez que me pasa», se dijo alargando el brazo para coger el teléfono, que no dejaba de vibrar y que, para su sorpresa, marcaba las seis de la tarde.

—¿Quién es? —preguntó con voz pastosa.

—Buenos días, Lewis, perdona si te he despertado.

Al oír la voz, Lewis se incorporó como pudo y se sentó en la cama con la esperanza de que se le ocurriera algo rápido. Esa voz

era, sin lugar a duda, la voz que menos le apetecía escuchar en ese momento.

—Lo dices como si despertarme te importara —respondió con resignación.

—Solo intento ser educado, hombre —para sorpresa del joven, la voz sonaba relajada—. Y en eso consiste la educación, ¿no? En decir cosas que no se piensan con el fin de agradar al otro.

Todavía aletargado, el joven dejó el móvil en la cama y, con gran esfuerzo, se levantó y se frotó la cara. Luego, volvió a cogerlo.

—No estoy para gilipolleces, Arthur. ¿Qué ha ocurrido?

—Son las seis de la tarde y no te has levantado. Solo por eso la llamada no necesitaría de más explicación.

El dolor de cabeza iba en aumento, ¿qué cojones le habrían servido ayer? Alguien tendría que escribir alguna vez un anexo sobre el garrafón en la Constitución.

—Vamos, Arthur, aparte de la hora, ¿por qué me llamas a mi número privado? ¿Qué ha pasado?

El hombre tardó en responder. Tan solo un suspiro ocupaba la línea; el suspiro de un hombre que se pide a sí mismo paciencia.

—Nada nuevo —dijo al fin—. Me han llamado de la Policía para decirme que la próxima vez que cojan a uno de mis hombres peleándose en plena calle, irá directo al calabozo. Y dado que los demás no me han dado problemas hasta ahora, he decidido arriesgarme y llamar al único de mis empleados que lleva catorce años en boxeo y ha sido campeón de taekwondo en Corea.

—Pero si yo...

Lewis observó sus nudillos y se quedó callado. Los tenía reventados. Fue entonces cuando recordó la reyerta.

—¡¡Tienes treinta y cinco años, Lewis!! —estalló su jefe—. No diecisiete. Hay muchas razones por las que no puedes ir peleándote por Madrid, pero la principal y más importante es que trabajas para mí. ¿En serio es tan difícil de entender? Joder, que sé que lo has pasado mal, pero no eres el único que sufre en el mundo...

—¡Lo de ayer no tuvo nada que ver conmigo! —lo cortó herido—. Esos hijos de puta estaban robando a un chaval que no hacía más que llorar en un callejón de Huertas.

—¡Mis cojones, Lewis! ¡Le fracturaste la nariz a uno y las costillas a los otros dos!

—¿Y qué querías que hiciera?! ¡¿Que me quedara quieto?!

—¡¿Pero tú quién coño te crees que eres?! ¡¿Batman?! ¡La semana pasada le pusiste la pistola en los huevos a otro hombre!

—¡Se estaba pasando con una chica!

Otra vez ese espeso silencio seguido de un largo suspiro.

—Mira, Lewis..., te seré sincero. Si fueras cualquier otra persona del equipo, ya te habría mandado a tomar por el culo. Pero como sé que lo has estado pasándolo mal este último año, me voy a olvidar de las noches que me has dado hasta ahora. Es más, no solo te he llamado por lo de la Policía, también lo he hecho para asignarte un encargo. A ver si así te relajas de una puta vez.

—¿Qué clase de encargo?

—Vamos, Lewis, no me toques los cojones y vístete. Ya sabes que el móvil está para hablar de fútbol y poner la alarma. Lo importante se habla a la cara. Hoy en día ya no te puedes fiar ni de la puta sandwichera con la de cabrones que hay controlándolo todo en un intento de ordenar y clasificar lo que decimos y lo que pensamos.

El joven no pudo rebatir el argumento.

—Así que cámbiate y nos vemos en El Lobo.

Lewis no dijo nada. Su mente todavía estaba en «modo avión».

—¡¡Lewis!! —el tono de su jefe lo despertó de golpe—. ¡¿Te queda algún centímetro de cerebro sin regar de ron, o te tengo que ir a recoger como si fueras un puto enfermo?!

El Lobo era un bar de Madrid que por la noche se convertía en *pub*. Ambos solían frecuentarlo bastante, sobre todo en verano.

—Te veo allí —dijo secamente el joven.

Arthur colgó el teléfono y el ágil y musculado joven volvió a dejar el suyo encima de la mesilla. Tras unos segundos crujiéndose

el cuello y mirando al techo, se levantó y se puso a hacer su enorme cama de dos metros de ancho. Luego, se dirigió a la cocina ensimismado, intentando dilucidar dónde había dejado el ibuprofeno la última vez que lo había necesitado; es decir, el sábado pasado. La cabeza le dolía como si hubiera dormido dentro de una hormigonera.

La casa del joven americano no era precisamente pequeña; de hecho, la mayoría de la gente la hubiera calificado de grande, y más aún para una sola persona. El joven no solo disponía de más de ciento treinta metros cuadrados, sino que también había comprado un trastero y una plaza de aparcamiento en el garaje del edificio a pesar de no ser especialmente complicado aparcar en su barrio, ya que este estaba bastante lejos del centro de Madrid.

Sus tres habitaciones y el enorme salón le habían permitido hacer de una habitación, una oficina; y de otra, un pequeño gimnasio con dos mancuernas y un banco para hacer «*press* de banca», como el que solían tener en el patio de las cárceles de las películas. Otra estructura metálica, de dos metros de alto con una barra fija, le permitía hacer dominadas de todas las formas y maneras posibles; este era el ejercicio que más realizaba.

Su cocina, lejos de ser estrecha, era moderna y espaciosa. Los azulejos de color azul y blanco combinaban bien con los muebles. Una mesa cuadrada y blanca, donde solía desayunar, ocupaba el centro de la misma. Y aunque el joven no era ni había sido nunca un amante de la cocina, sí había aprendido a hacer algunos sencillos platos con los que subsistir sin tener que comer pasta tres veces a la semana. Eso sí, también había que resaltar que el último año se había pasado los fines de semana cenando en vaso, ya que las borracheras por olvidar lo que le había pasado habían sido continuas.

Pero lo que de verdad le gustaba a Lewis era su enorme balcón. Al ser la planta catorce, le permitía estar por encima de casi todos los bloques. Y aunque Arthur solía decirle en referencia a la contaminación: «Qué bien, así estás más cerca de la mierda», para Lewis

el cielo era algo que lo embelesaba de tal forma que podía quedarse horas mirándolo. Siempre y cuando, claro está, no estuviera con el ordenador o le saltara un mensaje en el móvil, cosa que, en la época en que vivía, era algo difícil.

Diez minutos después, y tras haberse bebido un tazón de café que mataría a un monje zen, el joven se puso a hacer flexiones en su cuarto. Tres tandas de cincuenta fueron suficientes para acabar de espabilarse, por lo que emprendió el camino hacia el metro un poco más despejado y agradecido por vivir en una ciudad donde la gente no se fijaba mucho en nada. Podías tener ojeras o la camiseta desgarrada, pero eso no significaba mucho para una población cuyas vidas estaban marcadas por la prisa.

Se subió al vagón de metro ataviado con sus caros vaqueros y su camiseta larga de color negro, la cual le marcaba los pectorales y los entrenados brazos. Sus ojos verde oscuro y su corto pelo negro, peinado con la raya al lado, junto con una cara afeitada, en cuyas facciones bien definidas podían apreciarse los golpes recibidos en el *ring* de boxeo, lo convertían en un hombre atractivo, al menos las pocas veces que relajaba el semblante y sonreía.

El americano miró a su alrededor: todo el mundo parecía inmerso en el móvil. Igual daba que estuvieran sentados o de pie, la imagen era la misma. Esto le hizo recordar sus primeras noches por Madrid..., nunca se hubiera imaginado que acabaría viviendo allí, ya que él, al igual que su jefe, había nacido en Brooklyn. Y como dijo un famoso alguna vez: «Ningún americano se plantea morir en otro lado que no sea América, a no ser que no pueda pagarse el seguro médico».

El joven nunca compartió dicha afirmación. De hecho, su actual trabajo y una constante ansia por conocer mundo lo habían llevado a mudarse a España hacía ya muchos años. Lástima que su padre estuviera en la cárcel y su madre hubiera muerto en el parto. Le hubiera encantado enseñarles el país entero, con todas sus montañas y playas, así como las principales ciudades y la hermosa capital, incluyendo todos sus rincones y secretos. Secretos que solo

una persona que había vivido allí era capaz de apreciar. Porque España, al contrario de lo que se pensara al otro lado del mundo, era tan hermosa que enganchaba. El porqué solo se rodaban películas americanas en Italia era incomprendible para el atractivo joven, cuyos pensamientos lo habían transportado a la costa andaluza, y más concretamente a Cádiz.

Un tirón en su manga izquierda lo hizo volverse al tiempo que borraba de su mente las grandes playas repletas de gente bailando y tocando la guitarra.

Un chico, de unos veintidós años, lo miraba fijamente. Era bastante bajito, al menos en comparación con el metro ochenta y tres que medía el hombre alto y de hombros anchos que ahora lo observaba con intriga.

—Perdone señor, ¿podría darme un euro para que pueda volver a Cáceres?

Lewis estaba agarrado a la barra ya que, como era habitual, no había encontrado asiento. Lo miró de arriba abajo. No parecía faltarle de dinero y olía a colonia.

—¿Qué te hace pensar que tengo dinero, chaval? —le preguntó muy serio.

El chico se rascó la nuca.

—Yo, simplemente..., ha sido casualidad que se lo pidiera a usted.

El americano chasqueó la lengua.

—Entonces, ¿no han sido mis caros pantalones?

—No, señor, en absoluto. ¿Me va a ayudar para que pueda volver a Cáceres? —preguntó de nuevo el chaval, esta vez con más desconfianza que convicción.

Lewis se metió la mano en el pantalón y sacó una fotografía mientras el resto de gente que había en el vagón observaba la escena con disimulo.

—¿Ves esta foto?

La mirada de chaval se intensificó al ver el semblante de la joven. La mujer rubia era realmente preciosa.

—Es preciosa, señor.

—Muchas gracias, ¿sabes de dónde es esta mujer?

Aquí, sabiamente, el chico optó por el silencio.

—¡De Cáceres, amigo! ¡Hoy es tu puto día de suerte! —el resto del vagón no pudo evitar mirar a ese hombre de buena percha que hablaba tan alto—. Así que no te voy a dar un euro, sino que te voy a pagar el viaje entero para que podamos ir juntos dándonos conversación el uno al otro, ¿qué te parece?

Al ver que el vagón se detenía, el chaval reculó hacia atrás. En cuanto se abrieran las puertas, saldría corriendo.

¡Pam! Un golpe seco impactó en su nuca en cuanto se dio la vuelta para mirar las puertas del vagón.

Lewis le agarró un hombro con la fuerza de una tenaza y le dijo delante del asombrado público:

—Hagas lo que hagas en la vida, no mientas, a no ser que te vaya la vida en ello o vayas a salvar la vida de otro.

Este asintió temeroso y salió pitando por la puerta.

Una mujer gordita de color, que iba ataviada con unas mallas negras y cargada de bolsas de ropa, lo miraba con intriga a la vez que se acercaba todo lo deprisa que las bolsas le permitían. No había perdido detalle de lo ocurrido con el chico y no pudo o no quiso refrenar su curiosidad para con ese guapo joven de rostro anguloso, el cual se mantenía serio mirando al frente, a pesar de que sabía que lo observaban.

—Perdone que me entrometa, pero... ¿quién es la mujer de la foto que le ha enseñado al chico?

Lewis volvió a sacar la foto de su bolsillo y, mirándola por última vez, la depositó en las manos de la mujer.

—Alguien que me mintió y cuya mentira todavía he sido incapaz de olvidar.

Dicho esto, salió del vagón y se mezcló con la multitud que se encaminaba hacia la salida.

PUB EL LOBO

MADRID

Lewis miraba al hombre que tenía enfrente con respeto, pero sin ápice de entusiasmo.

—¿Camboya? —volvió a preguntar sin todavía creérselo.

—Sí, Camboya. Concretamente, en un monasterio situado en algún lugar de la selva profunda.

—¿La selva?

Arthur lo miró con severidad.

—¿Puedes dejar de repetir todo lo que digo, por favor?

Su jefe tenía cuarenta y cuatro años, pelo abundante y canoso, y gafas de pasta. Lucía un traje gris claro, con zapatos de color marfil.

—Mmm...

—¿Algún problema, Lewis, con el destino? —preguntó mientras se pasaba una pierna por encima de la otra y encendía su tercer cigarrillo.

Este soltó un bufido.

—Animales, Policía, idioma, enfermedades...

—No es la primera vez que viajas a Asia por motivos de trabajo.

—Lo dices como si fuera a ir a vender crema solar.

—Venga, hombre, ni siquiera me has preguntado qué hemos encontrado.

—Ya puedes haber encontrado un dinosaurio vivo para mandarme a un sitio donde, si me pillan llevándome algo del país, me pegarán un tiro en la cabeza.

—Tendrás suerte si el tiro es en la cabeza.

—No me toques los cojones que hoy no es el día.

Arthur dio otra bocanada al cigarro. Era mayo y el sol calentaba con fuerza la abarrotada terraza de aquel bar que, por la noche, desaparecería para convertirse en *pub*.

—Sinceramente, Lewis, últimamente nunca es el día. Si es falta de sexo lo que te hace ser tan agrio, ya sabes que a más de una chica de este *pub* le encantaría disfrutar de una noche romántica contigo.

El joven lo miró con odio.

—Te lo digo de corazón, Arthur, ojalá tus padres nunca hubieran disfrutado de esa noche romántica.

—Jajaja, no cambiarás nunca. Le das demasiado peso a tus pequeños problemas.

Lewis miró con nostalgia cómo pasaba una pareja abrazada cerca de donde estaban sentados. Se podía leer en sus rostros la alegría de los primeros años. No pudo evitar olvidarse del café y preguntarse dónde estaría la chica que le había roto el corazón.

—Sigues pensando en ella, ¿verdad?

El americano obvió la pregunta y le dio otro trago al café.

—Háblame de la misión, no tengo la cabeza para tus sarcasmos.

—De acuerdo, yo solo quería ayudar —Arthur dio una fuerte palmada en la mesa de cristal y se frotó las manos. El calor no era molesto y la gente disfrutaba de aquel primer día de verano que les había brindado la existencia—. Pues vamos a lo que interesa. Hemos encontrado algo de un valor incalculable en una de las selvas de Camboya.

—Define incalculable.

—Que no puede ser calculado.

—Arthur..., me refiero a qué cojones es: ¿una estatua, pirámide, fósil...?

—Un diamante, querido amigo, un diamante enorme. Su tamaño es el de la mano abierta de un gorila pequeño, para que te hagas una idea.

El joven boxeador se pasó las manos por la cara en señal de cansancio.

—No sé cómo es la mano de un puto gorila, joder.

—Es como la mano de un orangu...

—¡¡Que cuánto mide, Arthur!!

El pulcro hombre se subió las gafas de pasta Emporio Armani y se quedó mirando a su viejo empleado y amigo. Este le esquivó la mirada mientras observaba cómo había llamado la atención del resto de personas sentadas en sus mesas, las cuales estaban desperdigadas en la acera sin orden aparente.

—Deberíamos entrar, por aquí pasa mucha gente y tú no eres de pasar inadvertido.

—No sé si es buena idea. Dentro tendrás que respirar oxígeno.

Lewis siempre se metía con la obsesiva manera con la que su jefe fumaba tabaco, ya que este apenas dejaba pasar aire entre cigarro y cigarro.

—Ya te he dicho que a mí el humo me relaja.

El joven asintió ensimismado.

—Te relaja..., vaya... Entonces, quizá debiste ir tú a Kabul y no Smith. Para ti hubiera sido como un balneario.

Su jefe sonrió y apagó el cigarrillo en el pequeño cenicero, que, al no tener tapa, no evitaría la propagación de este por el aire.

—Al menos no has perdido el humor —dijo ensimismado mientras miraba la de pieles muertas que le colgaban al joven de uno de sus nudillos—. Pero puedes estar tranquilo, no tendré que privarme de fumar.

—¿Y eso? Ya eres mayor para irte a fumar al baño como los estudiantes.

No era la primera vez que el joven había presenciado tan patética situación.

—No hará falta. Me ponen una mesa al lado del cristal para que pueda fumar.

La mirada fue de pena más que de sorpresa.

—No me lo puedo creer —dijo mirándole por primera vez a los ojos—. Sabes que no podrás donar órganos, ¿verdad? Debes tener los pulmones consumidos.

—Pero si yo no dono ni la ropa que encoge, ¿para qué cojones iba yo a querer donar órganos? Además, ¿te crees que el alcohol del que te llevas alimentando este último año te va a sentar mejor?

—Venga, Arthur, no me cambies de tema. Tienes dos filetes de panceta por pulmones. Ponle remedio ahora que todavía puedes.

El jefe de operaciones sonrió.

—Me alegra verte preocupado por mi salud, aunque no soy yo el que se bebe su peso en ron cada noche.

Lewis se echó para adelante en su silla, todavía estaba intrigado.

—Cuéntame cómo es posible que te dejen fumar dentro. Hace años que lo prohibieron y esto es un lugar concurrido.

—Son muchos años ya, Lewis —explicó mientras se quitaba las gafas de sol graduadas, que se había puesto hacía apenas cinco minutos, y las guardaba en el bolsillo de la chaqueta del traje—. Vamos dentro, venga —dijo levantándose de la pequeña silla despacio. El joven americano lo siguió sin ganas—. Volviendo a lo de fumar, me lo permiten porque soy de los únicos que dejan un billete de propina. ¿Prefieres sillón o silla?

Los sillones eran de color negro y blanco y, a pesar de ser pequeños, parecían bastante cómodos.

—Elige tú, hace mucho que yo no vengo y esto ha cambiado bastante.

Al final le pusieron un pequeño sillón negro a cada uno. La pared por la que habían entrado, y que era toda de cristal, desaparecería completamente por la noche para que la gente pudiera moverse con soltura. Mientras tanto, durante el día, se dejaba solo la mitad cerrada, para que los clientes vips fumadores pudieran fumar siempre y cuando estuvieran pegados a la pared de cristal.

—Oye, Arthur, siento haberte gritado ahí fuera, es que... últimamente no duermo bien.

—Es por esa chica, ¿verdad?

—Sí, Arthur, es por esa chica.

—Igual no eres la persona adecuada para realizar la misión.

Lewis abrió mucho los ojos, sorprendido.

—No, no, todo lo contrario. Nadie te ha conseguido tantos objetivos como yo.

—Eso es cierto, aunque tampoco nadie ha causado tantas bajas como las que has causado tú.

—Si quieres, me llevo un *spray* pimienta a Camboya.

—Lo que no quiero es que, a mitad de misión, te bloques pensando en esa chica o te cargues un autobús entero por perder el control, ¿me he explicado?

—Eso no pasará —la mirada de Lewis era fría como el hielo; sus ojos, de un verde tan intenso como los de un río amazónico—. Yo... voy a cambiar. Tú me conoces y sabes que solo ha sido este año.

Arthur lo miró como solía mirar a sus hijas cuando prometían que ese año estudiarían.

—No quiero muertes, ¿me oyes? Esto no es una película donde los buenos disparan a los malos. Has matado a gente con familia que lo único que hacían era obedecer órdenes, al igual que lo hacías tú.

Lewis suspiró y cerró los ojos, sabía que tenía un problema a la hora de calmarse.

—Tienes mi palabra de que no volverá a pasar. A partir de ahora, evaluaré la situación y solo dispararé en caso de que no haya otra salida.

El trajeado y elegante jefe se relajó.

—Eso está mejor. Y no sé cuánto mide.

—¿Perdón? —al joven todavía le costaba concentrarse.

—El diamante. ¿El qué va a ser? Ni siquiera sé cuánto pesa.

—Pero... ¿tienes alguna prueba de que sea verdadero, al menos?

—No, lo cierto es que lo único que tenemos es una foto. Los expertos dicen que parece serlo, pero que, por supuesto, al ser una foto, no aseguran nada. Además, es demasiado grande. Lo único que sabemos con certeza es que, de ser verdad, sería el diamante más grande del mundo y, por supuesto, el más caro.

—¿Y te vas a arriesgar a mandarme allí por una foto?!

—Por una corazonada.

—¡Me juego la vida, Arthur!

—Vaaale. No empieces con el discurso de siempre. Si te mando es porque la persona que me ha dado la información es digna de confianza.

Lewis decidió callarse y esperar a ver qué decía el subnormal de su jefe. Mientras, las camareras pululaban sin acercarse demasiado a la mesa de aquel hombre que siempre dejaba tanta propina a condición de que no se lo molestara; y, en la medida de lo posible, se evitara ponerle cerca gente.

—La foto me la ha traído en persona un monje budista —continuó Arthur, que había acercado la cabeza para no hablar alto.

Lewis se contuvo para no levantarse e irse.

—Vaya... Y yo que pensaba que te la habría traído el papa en vaqueros.

—¡No es broma, Lewis, coño! Linda encontró al monje con la foto y lo trajo al piso franco. Me dijo que lo único que querían era comida y ropa para ciertas aldeas. A cambio, nos daría el diamante.

El joven de ojos verdes no podía creerse la estupidez que le estaba contando su jefe, un jefe al cual tenía por inteligente.

—No tiene sentido. Para empezar, ¿cómo sabes que era un monje?

—Vino con una especie de túnica gris con capucha y llevaba toda la cabeza afeitada.

No hubo respuesta, por lo que Arthur siguió hablando.

—Pero lo que me convenció de verdad fueron sus ojos y la expresión de su cara. Era como de felicidad y compasión a la vez.

—¡Vamos, Arthur!, si tú no conoces ninguno de esos dos estados, ¿cómo los vas a ver reflejados en otro?

El jefe de operaciones no dijo nada más. En su lugar miró su caro reloj y se puso cómodo en su asiento.

Lewis no se lo podía creer. Esto era surrealista.

—¿Me estás diciendo en serio que voy a ir a Camboya porque un monje te ha enseñado una foto?

—Hazme caso —dijo ignorando el hiriente comentario—, ese hombre emanaba algo especial. Pero, aun así, y al igual que tú, yo

también dudé. Por lo que pedí que lo siguieran y me consiguieran toda la información que pudieran sobre su procedencia y sobre su siguiente destino. No saqué nada turbio y encima me gasté dinero siguiéndolo hasta Camboya, donde le perdimos el rastro.

Lewis no daba crédito.

—Pero vamos a ver... Supongamos que la historia es cierta y que no se trata de una búsqueda de venganza por parte de ninguna de las personas a las que hemos robado...

—Nosotros no robamos —matizó Arthur, cansado de tal acusación—: diamantes, piedras preciosas, oro y antigüedades pertenecen al mundo entero.

—Bueno..., ya me has entendido. Si resultara ser cierta la información y no una trampa para obtener venganza..., ¿qué habría que hacer?

Poco a poco el bar se había ido llenando. Pronto empezaría la música. Una música que, por su bajo volumen, permitiría seguir hablando a las personas que, cómodamente, ocupaban sillones y sillas.

Arthur levantó un brazo y, en menos de diez segundos, la joven camarera se acercó a donde estaban.

—¿Qué van a querer los señores? —preguntó a la vez que posaba sus ojos en la ajustada camiseta de Lewis, que miraba incómodo a todos lados.

—Tráenos dos Barceló.

—A mí una Coca-Cola —saltó el joven—, no quiero más alcohol.

Arthur asintió con un movimiento de cabeza y la joven camarera se dio la vuelta un poco decepcionada por la poca atención que le había prestado aquel chico de mirada triste y ojos verdes.

—¿Quieres que te cuente un secreto, Lewis?

El americano hablaba relajado mientras se pasaba la mano por su espeso pelo blanco peinado hacia atrás. Hizo una pausa para mirar hacia la calle, donde gente de todas las edades y nacionalidades pasaban por delante de aquella cristalera sumidos en sus propios mundos. La voz de Lewis lo hizo volver a la mesa.

—Si me vas a decir que estabas en contra de mi rescate en Tanzania, tranquilo, ya se te han adelantado.

Su jefe, blanco como el mármol, se quitó las gafas de ver.

—Yo... nunca quise... —estaba claro que eso sí que no se lo esperaba—. Tienes que entender que, en ciertas circunstancias, he de seguir el protocolo. Un protocolo que no he inventado yo y que no puedo modificar. Pero... ¿quién te lo ha dicho?, ¿ha sido el hijo puta de Walter?

—¡¿Qué?! —Lewis no podía creer lo que estaba escuchando—. ¡Walter está muerto!

—Vaya, se me había olvidado que aquí «revientacostillas» no habla de los muertos.

—¡Solo digo que podrías tener un poco de respeto, joder!

—Perdona, perdona..., me he pasado. Es solo que no soporto la traición. Siento haber dicho eso.

La noche estaba cayendo. Y aunque el mundo de los humanos seguiría iluminado por los millones de pantallas, farolas, semáforos y luminarias que invadían cada rincón ocupado por ellos, todavía se podía sentir el mágico momento donde luz y oscuridad se mezclaban para dar paso a la noche.

La camarera se acercó despacio y fue dejando cada bebida en su sitio mientras los dos extraños hombres callaban a la espera de que se fuera.

Una vez se fue, Lewis miró a su jefe con saña.

—Pero sí, fue Walter quien me dijo que te negaste a rescatarme por motivos políticos —soltó la bomba un Lewis herido al haber recordado cómo su jefe lo había dejado sin helicóptero en Tanzania.

—¡Será hijo de puta!

—Es lo que tiene el ser el jefe. Te respetan muchos, pero no te quiere nadie.

Arthur encajó el golpe y fue a por él con todo.

—Puede ser, aunque..., que yo sepa, tú tampoco andas sobrado de amor últimamente.

La bofetada hizo que el vaso de Coca-Cola impactara contra la pared de cristal del *pub* a la que estaban pegados. Aunque no

se rajó el gordo cristal de la pared, todo el mundo se quedó mirándolos.

Lewis se puso las manos en la cara mientras medio bar lo examinaba con una mezcla de miedo y pena.

—No te preocupes, ahora mismo lo recojo —dijo la simpática camarera con una bonita sonrisa al ver a aquel joven tan tocado.

—Muy bien, Lewis —Arthur aplaudía con parsimonia—, tú sí que sabes controlarte. De verdad que eres como un espía en la sombra —claramente, estaba disfrutando—. Sigiloso como un samurái encima de uno de esos tejados chinos...

—¡Lo siento, joder, no volverá a pasar!

El americano dejó de aplaudir.

—Has hecho bien en no pedirte una copa; el vaso de balón te hubiera destrozado la mano.

—Deja de mofarte, Arthur —Lewis apenas levantaba la cabeza—. Sabes que solo es una mala racha, nada más. Tú me conoces y sabes que yo no soy así.

—Hombre..., nunca has sido un yogui, si me permites el comentario.

—Sé que soy impulsivo, pero no hasta el punto de perder la calma como la estoy perdiendo este último año.

Arthur se rascó la barbilla.

—¿Y por qué no me cuentas lo que te pasó?

—Básicamente, y por resumirlo de algún modo, porque eres un hijo de puta sin sentimientos.

—Mmm..., eso es cierto. Quizá por eso sea la mejor persona para escuchar tu historia. Al fin y al cabo, me va a importar tres mierdas en cuanto salgamos por esa puerta.

Lewis se lo pensó mientras sopesaba el riesgo que corría si su jefe se iba de la lengua. Pero, por otro lado..., necesitaba soltarlo.

—No sé...

—Vamos, hombre, cuéntamelo antes de pasar a lo del diamante. Necesito saber qué es aquello tan grave que ha desmoralizado de esta forma a uno de mis mejores hombres.

El joven suspiró resignado y se bebió de un trago la nueva Coca-Cola que le habían traído. Arthur, americano de nacimiento, pero amante de esa pequeña y misteriosa España, encendió otro cigarrillo mientras se pasaba la mano por su engominado cabello blanco.

UN AÑO ANTES

Lewis corría por la mal asfaltada y desierta carretera. Eran las seis de la mañana y ya empezaban a vislumbrarse los primeros coches que, a lo lejos, empezaban a aglomerarse en la autopista que pasaba justo por encima del agrietado asfalto por el que el corría.

Correr siempre lo mantenía contento. Era como si su cuerpo tuviera la capacidad de dejar atrás a su mente si aumentaba un poco la velocidad.

Un gatito negro, que lo miraba desafiante desde la carretera, lo hizo sonreír. Ocultos entre los arbustos, asomaban cuatro cachorros de diferentes colores y tamaños. Lewis los miró con ternura sin poder evitar fijarse en la cantidad de latas y plásticos que invadían el descampado. Un descampado en el que, por la noche, chicos y chicas se juntaban para beber y fumar con la tranquilidad de no ser molestados por nadie.

El joven de ojos verdes empezó a soltar puñetazos al aire acompañando la respiración a los rápidos movimientos. Al ser zurdo, la derecha era la encargada de retroceder como un muelle para taparse la cara. Una cara que había recibido golpes de todo tipo, ya fuera en la calle o en el gimnasio.

Dentro de una hora, la autopista que pasaba por encima se convertiría en una larga serpiente de metal. Acontecimiento nada sorprendente para los ya acostumbrados conductores que agradecían al cielo cada mañana el invento de la radio o del móvil, a pesar de que este último estaba convirtiéndose en un peligro aumentando el número de personas que contestaban por mensajería a frases pres-

cindibles tipo: «Compra queso» mientras conducían; arriesgando así la vida por un lácteo.

Para Lewis era su momento. Correr por la noche o de madrugada era lo único que no había acabado cambiando en su vida. Y aquella madrugada, el cielo le había regalado una fina lluvia que le calaba la camiseta con capucha (la cual llevaba puesta) y los finos, pero caros, pantalones cortos de boxeo. La sensación de libertad e ingravidez aumentaba a medida que la lluvia iba cogiendo fuerza. Lewis, pletórico, decidió dirigirse al gimnasio con la intención de golpear un poco el saco. Con él, no tenía que refrenar la fuerza que imprimía a las patadas y puñetazos que, normalmente, dejaban no apto para seguir peleando a todo aquel que, en los entrenamientos, y henchido de valor al verse más fuerte y musculoso que su oponente, rogaba al entrenador poder subirse al *ring* con un Lewis aparentemente tranquilo. Esto al entrenador no le hacía ninguna gracia, por lo que solía denegar tal petición, conocedor de la ira que a este le embargaba cada vez que se cabreaba. Había entrenado a muchas personas a lo largo de su vida y sabía que la técnica de Lewis distaba mucho de ser la mejor ya que, entre otras cosas, le costaba usar la guardia de boxeo correctamente debido a sus muchos años en taekwondo (deporte donde la guardia cambia). Pero su potencia había ocasionado más de un susto en alguna que otra velada. Por algo el joven americano había sido campeón de taekwondo en Corea a la edad de dieciocho años, además de llevar toda la vida complementándolo con el boxeo, lo cual le había venido la mar de bien en el trabajo que había acabado desempeñando. Pero no era en el trabajo en lo que pensaba Lewis en ese momento, sino en Sara. La española que le había robado el corazón hacía ya dos años en Las Palmas de Gran Canaria, un lugar al que Lewis viajaba con bastante frecuencia, y siempre solo, en busca de descanso y tranquilidad, ya que Madrid, al igual que muchas otras ciudades cuya población y estrés exceden los límites de lo saludable, acababa agobiándolo. No tanto por la ciudad, sino por esa fusión de prisa y tecnología que cada día parecían ir en aumento.

Se había enamorado nada más verla aquella noche en aquel banco del paseo que recorre la playa de las Canteras, y aunque no era ni mucho menos una persona que abriera su corazón a nadie, Sara le había abierto su duro caparazón desde el primer minuto.

